

Edgardo Romero
Fernández

*Los movimientos sociales
latinoamericanos:
Poder e integración en
América Latina*

Al realizar un análisis de la acción y el pensamiento en el escenario político latinoamericano, sale a la luz que: las relaciones políticas que originó la contradicción entre explotados y explotadores, en una cierta perspectiva histórica, se manifestaron y se manifiestan en:

- La explotación de las metrópolis sobre los habitantes autóctonos, lo cual generó un movimiento y un pensamiento indigenistas.
- La explotación de las metrópolis sobre los criollos americanos, lo que trajo consigo movimientos y pensamientos reformistas, anexionistas, panamericanistas, independentistas, etc.
- La explotación de las elites oligárquicas sobre el pueblo, lo cual dio lugar a movimientos y pensamientos antidictatoriales, democráticos, socialistas, comunistas, etc.
- La injerencia y explotación de los Estados Unidos sobre la región, las cuales generaron movimientos y pensamientos nacionalistas, antiimperialistas, etc.
- La oposición de intereses de las diferentes clases sociales y estamentos, lo cual originó movimientos y pensamientos socialdemócratas, cristianos, conservadores, liberales, neoliberales, de izquierda, de centro, de derecha, etc.

Obviamente, es imposible abordar en un corto espacio todos los movimientos y formas de pensamiento nombrados, por lo cual, una vía fundamental para entender cómo se desenvuelven con el propósito de entender de qué tratan las relaciones de

poder en la América Latina actual, es investigar las formas de resistencia que surgen de los movimientos sociales contestatarios en estos momentos.

Como punto de partida, puede decirse que junto a las oposiciones clasistas clásicas, se han desarrollado en los últimos años una serie de **oposiciones** que han generado nuevos movimientos sociales masivos. Tomemos por ejemplo, siguiendo la teoría de Foucault, una serie de oposiciones: la oposición del poder del hombre sobre la mujer, la de los padres sobre los niños, la de la psiquiatría sobre la enfermedad mental, la de la administración sobre la forma de vivir de la gente.

Para definir estos movimientos se plantea, sin más, que son anti-autoritarios. Sin embargo, no es suficiente con decir que estas son luchas antiautoritarias, debemos tratar de definir más precisamente qué tienen ellas en común:

1. Son luchas “transversales”; esto es, no están limitadas a un país. Es evidente que se desarrollan más fácilmente y más extensamente en determinados países, pero no por esta razón están confinadas a una forma política o económica particular de gobierno.
2. Como afirma el subcomandante Marcos, la mundialización no tiene una única variante sino, por lo menos, dos: la Mundialización del dinero (donde los países dejan de ser países, para convertirse en tiendas) y la Mundialización de la lucha¹ (que aunque con variadas manifestaciones, tiene como esencia la lucha de los explotados contra los explotadores).
3. Son luchas “inmediatas” por dos razones. En tales luchas las personas cuestionan las instancias de poder que están más cercanas a ellas, aquellas que ejercen su acción sobre los individuos. Estas luchas no se refieren al “enemigo principal”, sino al enemigo inmediato. No se espera que ellos solucionen los problemas en un futuro preciso (esto es, liberaciones, revoluciones, fin de la lucha de clases). Como confirma Evo Morales: “Los pueblos quieren de cualquier movilización una conquista por más pequeña que sea”.²

¹ Subcomandante Marcos: Ponencia presentada a CLACSO, La Habana, noviembre, 2003.

² Evo Morales: Intervención en Mesa redonda sobre la situación de América Latina. Televisada en diciembre de 2003 por la televisión cubana.

El objetivo principal de estas luchas no es atacar determinada institución de poder, grupo, elite, clase, sino más bien a una técnica, a una forma de poder.

Esta forma de poder emerge en nuestra vida cotidiana, categoriza al individuo, lo marca por su propia individualidad, lo une a su propia identidad, le impone una ley de verdad que él tiene que reconocer y, al mismo tiempo, otros deben reconocer en él. Es una forma de poder que construye sujetos individuales. Hay dos significados de la palabra sujeto: sujeto a otro por control y dependencia y sujeto como constreñido a su propia identidad, a la conciencia y a su propio autoconocimiento. Ambos significados sugieren una forma de poder que sojuzga y constituye al sujeto.

Generalmente, puede decirse que hay tres tipos de luchas sociales: contra las formas de dominación (étnicas, sociales y religiosas); contra formas de explotación que separan a los individuos de aquello que ellos mismos producen; o contra aquello que ata al individuo a sí mismo y lo subsume a otros de esta forma (luchas contra la sujeción, contra formas de subjetividad y sumisión).

En la historia se pueden encontrar muchos ejemplos de estos tres tipos de luchas sociales, tanto separadas unas de otras como mezcladas entre sí. Pero, incluso cuando aparecen mezcladas entre ellas, una prevalece. Por ejemplo, en las sociedades feudales, las luchas contra las formas de dominación étnica y social fueron las prevalecientes, aun cuando la explotación económica pudo haber sido muy importante entre las causas de las revueltas. En el siglo XIX, la lucha contra la explotación enajenadora pasa al frente.

La razón por la cual este tipo de lucha tiende a prevalecer en la sociedad actual, es la nueva forma de poder político que desde el siglo XVI se ha desarrollado de forma continua. Esta nueva estructura política, como todos saben, es el Estado. La mayor parte del tiempo el Estado es percibido como un tipo de poder político que ignora a los individuos, que mira sólo los intereses de la totalidad, yo diría, de una clase o de un grupo de ciudadanos.

Los movimientos sociales en América Latina han tenido una presencia más activa a partir de la década de los noventa, teniendo como característica esencial el enfrentarse a tareas espe-

cíficas que tienen en lo comunitario su base fundamental de acción. Así, sus acciones han estado encaminadas a la crítica y a la solución en sus propios contextos de los problemas referidos a los derechos humanos, sindicales, étnicos, ecológicos, vecinales, de género, hábitat, educación popular, salud comunitaria, comunicación alternativa, el problema de la tierra, el problema de la defensa de las identidades locales y del derecho de las comunidades indígenas.

La propia problemática del neoliberalismo vinculada a procesos de privatización de los sectores productivos y de los servicios trajo por consecuencia una desestructuración del tejido social y ha afectado notablemente la fuerza que tenían las centrales sindicales en los países latinoamericanos, y su capacidad movilizativa como sujeto del cambio. Por otra parte, el propio crecimiento del trabajo informal y el empobrecimiento masivo, entre otros, han dificultado la conformación de actores colectivos. Ello explica por qué se han generalizado los comportamientos centrados en la supervivencia privada y familiar y el porqué estos movimientos sociales han tenido una proyección marcada más por lo micro que por lo macro. Si se puede hablar de un pensamiento renovado y original de estos movimientos sociales es por su visión anti-autoritaria que ha aportado nuevos sentidos para interpretar la democracia popular y construirla en la acción práctica. Por eso despunta la concepción de un ideal de sociedad civil robustecida y autónoma del estado y de los partidos tradicionales. De ahí el interés que ponen en el desarrollo de modelos participativos que enfatizan en la autogestión.

El problema que se plantean hoy los movimientos sociales latinoamericanos no es necesariamente nuevo. Me refiero al asunto de la justicia social para los desclasados, los desposeídos, que constituían la mayoría de la población existente en las colonias americanas en el siglo XIX y que se enrolaron en la gesta independentista porque entendieron que una vez alcanzada esta tendrían mejor vida y posibilidad de desarrollo. Como sabemos, no fue así, el pueblo como tal siguió sin existir y continuó siendo manipulado por los señores de quienes dependía. Hasta el punto de que cuando Bolívar trató de definir la identidad de los americanos no habló de indios, ni de españoles sino de "... una especie media entre los legítimos propietarios

del país y los usurpadores españoles”.³ Y por años, después de la independencia, quedó en pie, entre otras cosas, el derecho español como símbolo de un mestizaje obvio.

A partir de esta experiencia fallida en el logro de la justicia social para los desposeídos, y de otros fracasos posteriores contabilizables a través de la historia de la América Latina, es fácil comprender por qué se estructuran movimientos reivindicatorios de carácter social, que intentan no mezclarse con los movimientos políticos y los partidos políticos tradicionales.

Así, una de las proyecciones teóricas y prácticas del pensamiento de izquierda latinoamericano en torno al poder, es la que no se plantea la toma del poder político, sino que inspira sus luchas en las reivindicaciones socioeconómicas y el derecho a la participación más activa de todos los ciudadanos en los asuntos políticos, en el seno de una sociedad que respete la pluralidad y garantice la más abierta democracia.

Estos movimientos enfrentan al Estado vigente (neoliberal) como a su interlocutor directo, ya que está obligado a proporcionarle seguridad social a toda la sociedad y con ese objetivo hay que obligarlo a cumplimentar su misión. Pero al mismo tiempo este tipo de Estado se considera un adversario al cual hay que ofrecer resistencia y presentar un frente amplio de reclamos. Se trata de construir un tejido social activo que actúe en los barrios, en las comunidades, en las fábricas, tratando de crear un fondo común para dar ayuda social a los más necesitados, llevar un enfoque de la cultura más democrático y abierto que permita el alejamiento de las políticas culturales enajenantes que hoy superviven como manifestación de la penetración cultural de los centros de poder.

La necesidad que impera es crear una alternativa de posibilidades para enfrentar al Estado y una corriente de resistencia que provoque una toma de conciencia por parte del mismo, la cual permita las reformas institucionales correspondientes.

La interrogante que se abre es si estos cambios sociales que se proponen conseguir estas fuerzas de izquierda en la región son posibles, teniendo como plataforma política la mejora de las políticas públicas de gobiernos neoliberales que ya han demostrado

³ Simón Bolívar: *Escritos Políticos*, p. 69, selección e introducción de Graciela Soriano, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

su incapacidad para resolver los problemas sociales de las mayorías, privilegiando en sus políticas los intereses de los capitalistas transnacionales de estos propios países y extranjeros, recortando hasta lo indecible los presupuestos públicos destinados a gastos sociales, con vistas a reducir la deuda del Estado y, en parte, a pagar los intereses de la deuda externa que como un cáncer corroe a estos países.

Nuestra respuesta es negativa y ello tiene que ver con el asunto de la necesaria integración latinoamericana.

El intento de estos movimientos por evadir la lucha frontal de clases con un sentido anticapitalista y soslayar toda relación con otras fuerzas políticas, y los proyectos unitarios que permitan dar la batalla contra el estado neoliberal con todas las consecuencias de cambios profundos en todos los ámbitos que ello implique, coloca a estos movimientos en una situación desventajosa por la propia debilidad de sus acciones tácticas y estratégicas. Por otra parte, aunque estos movimientos lleven a cabo políticas de apoyo solidario en los barrios insalubres y en las comunidades marginadas por la difusión y el rescate de la cultura popular y por la defensa de la identidad cultural de nuestros pueblos — tareas que, a nuestro entender, son positivas porque resuelven algunos problemas de estos sectores marginales que carecen de lo más mínimo para vivir — no pueden cubrir todas sus necesidades perentorias, ni acabar con los males que al nivel más amplio de la sociedad en su conjunto padecen estas sociedades; simplemente son paliativos temporales.

A nuestro modo de ver, la reforma del orden institucional establecido para lograr un reciclaje más dinámico entre el Estado y la sociedad civil, promoviendo una mayor participación ciudadana en los asuntos del Estado para paliar los efectos negativos del neoliberalismo, es una alternativa que no satisfará los intereses de las clases populares latinoamericanas. Tales proyecciones no van al fondo de la solución de los problemas ni pretenden una transformación radical de las estructuras capitalistas establecidas. Estructuras que, por su parte, se han estado modificando bajo los influjos de la globalización neoliberal y que apuntan (satisfaciendo los intereses de las elites de poder) hacia una anexión con los Estados Unidos a través del ALCA que barrería las industrias nacionales y daría el tiro de gracia al desarrollo económico y la independencia latinoamericana.

Por tanto, para que los movimientos sociales puedan hacer efectivas sus reivindicaciones con mayores posibilidades en el futuro cercano, deben vincularse a la lucha política o constituirse ellos mismos en alternativas políticas viables en unión a otras fuerzas, para buscar en la unión la fortaleza que ha faltado a los diversos empeños desenajadores en América Latina.

Lo más necesario hoy es la búsqueda, rescate o construcción de lo unitario, la construcción de lo común latinoamericano. No se puede aspirar más a reformar o fortalecer los estados capitalistas latinoamericanos actuales, pues ellos no son independientes, no son centro, como los europeos que dieron origen a su integración, sino que son dependientes del centro de poder norteamericano. Recuérdese la advertencia de Martí sobre el convite norteamericano realizado a Hispanoamérica en la Conferencia Monetaria Internacional de 1891: "Los pueblos menores que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores".⁴

Es un error político en estos momentos concebir el espacio institucional, no para crear una alternativa al neoliberalismo, sino para prometer cambios en programas electorales que parecen enfocados contra el orden neoliberal existente y luego se acomodan al régimen establecido sin proyectarse por la profundidad de los cambios necesarios, llevando las reformas sólo a un carácter instrumental de la llamada redemocratización, en un plano puramente formal de la llamada gobernabilidad, sin llegar a implementar los cambios económicos y sociales necesarios. La última experiencia de Ecuador con Lucio Gutiérrez así lo atestigua. En vez de convertirse en una alternativa de izquierda al orden insostenible existente, estas tendencias socio-oportunistas (para diferenciarlas de las revolucionarias) se convierten en una fuerza que le hace el juego a la reacción y a la derecha neoliberal. En sus discursos, como en su accionar político ha dejado de constituirse en una izquierda potenciadora de los cambios revolucionarios que necesita América Latina.

⁴ José Martí: "La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América", *Páginas escogidas*, t. 1, pp. 1998-1999, Ciencias Sociales, La Habana.

Otros variados movimientos sociales, aun cuando se mantienen dentro de una postura revolucionaria presentan serias dificultades para hacer valer sus reivindicaciones. Ejemplo de ello son los representantes del Movimiento Sin Tierra, en Brasil, que luchan por la reforma agraria, para que los terratenientes entreguen las tierras improductivas, para que el gobierno escuche sus reclamos y ceda terrenos, para que el parlamento escuche sus peticiones a través de sus representantes. Desde estas posiciones se fundamentan por un Brasil menos empeñado con el capital foráneo y el imperialismo norteamericano, más democrático. Pero no comprenden que sus luchas por la tierra no pueden resolverse solo a través de paliativos, sino a través de transformaciones profundas del agro que desmonten todo el sistema de propiedad latifundista de la tierra. Es ese uno de los tantos problemas a resolver, si se pretenden cambios profundos en la estructura socioeconómica y política de nuestros países.

Movimientos indigenistas que han llegado a ser fuertes en países como Ecuador, Colombia, Guatemala y México articulan sus demandas en función del reconocimiento de sus derechos ciudadanos y de la solución de los problemas de la tierra, el empleo, la educación y el respeto a sus identidades culturales; sin embargo, los mismos nacen lacerados por el localismo y por una visión muy concreta de sus problemas particulares. No integran sus demandas a problemas más generales que afectan las naciones latinoamericanas. Asimismo sucede con los movimientos ecologistas, estudiantiles, de género y los teólogos de la liberación.

El desafío mayor de estos movimientos en la actualidad es superar su autorrestricción, dado por el carácter micro y local de sus propuestas que provoca una escisión entre lo local y lo global, entre lo social y lo político, en los momentos en que el imperialismo norteamericano y todas las fuerzas revolucionarias en América Latina desarrollan una política neoliberal, creando un frente único, neofascista, en el que se trata de imponer el pensamiento único neoliberal.

Otro desafío que tienen estos movimientos sociales en el acontecer político de la izquierda latinoamericana es pasar de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva que transforme al movimiento social autorrestringido, en uno capaz de influir en las estructuras de poder y transformarlas para constituirse en un poder real junto a otras fuerzas de izquierda.

Un caso de notable flexibilidad política es el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el cual exhibe una profunda originalidad ideológica, en muchos aspectos convergente con aquel pensamiento social emergente en amplios sectores de la sociedad civil latinoamericana.

Si fuéramos a conceptualizar el zapatismo hay que apuntar que la naturaleza y el sentido del mismo provienen de un actor social y cultural que se lanza a un levantamiento armado proyectándose en la escena política. Una vez agotadas todas las vías para hacer escuchar sus aspiraciones y sus demandas, forma un movimiento armado y busca construir un movimiento político civil cuyo propósito no es la toma del poder.

Los zapatistas tienen como objetivo tratar de llevar a cabo una nueva forma de hacer política, alejada del poder. Una forma de hacer política que no coloca al poder como principio y se proyecta por apartarse del gobierno y de sus respectivos cargos, entendiendo el poder como una relación social amplia que se construye a partir del redimensionamiento del propio tejido social donde se encarna, siendo su ejercicio parte constituyente de las acciones de la propia comunidad, un poder en el cual lo que prevalece es el consenso y lo participativo, principio esencial que se ha logrado imponer a partir de los intereses de las comunidades indígenas donde se enclava.

Su propuesta limita y critica los elementos vanguardistas de todo proyecto revolucionario. En lugar de verse a sí mismo como una vanguardia preclara que dota de línea a la sociedad, se ubica como generador de espacios político-sociales, donde una serie de organizaciones, corrientes, grupos, clases, individuos, buscan encontrar sus consensos, sus puntos de vista comunes para proponer la construcción de un México diferente.

En síntesis, lo que persigue es crear un movimiento que empuje desde la sociedad civil a derrotar la política desestructuradora del poder, avanzando en la creación de un polo de izquierda con fuerza social que se perfila como alternativo frente a la sociedad y el surgimiento de una nueva fuerza política, civil, radical, subversiva, que desde el inicio se ubica por fuera del poder del dinero, del poder del Estado y del poder de los aparatos de control social.

Por tanto, el zapatismo se proyecta como una fuerza política que no lucha por el poder con los viejos métodos de hacer políti-

ca, sino que lucha por crear, sumar, promover y potenciar los movimientos ciudadanos y populares, sin tratar de absorberlos, dirigirlos o utilizarlos.

El programa emancipatorio zapatista agrupa en seis grandes ejes sus demandas fundamentales:

- Democracia
- Justicia
- Libertad
- Independencia
- Nueva Constitución
- La constitución de una fuerza política de nuevo tipo.

El problema que el zapatismo no ha resuelto es cómo realizar estas aspiraciones en las actuales condiciones económicas y políticas de México, donde la derecha se fortalece y se compromete con el acontecer de la política del gobierno norteamericano, saboteando cualquier medida que signifique una transformación a favor de las grandes masas empobrecidas. Este es su mayor desafío, porque aunque se cambie la mentalidad de los sujetos comprometidos en el proyecto emancipatorio y la forma de hacer política constituya un cambio estructural en relación con las prácticas de los gobiernos neoliberales y su desgobierno, y ello permita desarrollar los cuadros en la práctica para cumplir con los ejes del programa ya planteados, estas transformaciones de gran alcance económico, político y social no pueden cumplirse con una proyección teórica y política que deje fuera el problema del poder porque, de lo contrario, todo se queda en el nivel del ideal, de las aspiraciones.

Por último, en apretada síntesis, podemos concluir que:

1. El agotamiento del modelo neoliberal y, al mismo tiempo, sus efectos devastadores e intolerables abrieron un espectro de luchas y movimientos sociales muy fuertes.
2. Esos nuevos movimientos sociales son muy singulares y variados por lo que los estudios relacionados con sus esencias enfrentan graves problemas, aunque casi todos dan preferencia a lo local y lo micro antes que a lo societal y lo macro a la hora de hacer política.
3. Estos movimientos sociales se plantean desarrollar lo comunitario en los marcos de los Estados vigentes (neoliberales) sin

transformarlos radicalmente en sus bases y, muchas veces, sin proponerse obtener el poder político en los Estados.

4. Tanto las izquierdas institucionalizadas que están en el poder, como los variados movimientos sociales que luchan contra el modelo neoliberal, se oponen al ALCA como pretendida solución a los problemas de la región.
5. La oposición al ALCA solo deja una opción coherente: hacer una contrapropuesta de integración latinoamericana. Pero esta integración no puede realizarse solo desde arriba o solo desde abajo.
6. Hay que pensar y practicar tácticas y estrategias emancipatorias teniendo en cuenta la dialéctica de lo general y lo particular. Articular en lo local, en lo comunitario, pero también en lo nacional y en lo internacional.
7. La integración de las elites de poder latinoamericanas, si resultase, no resolvería los problemas de enajenación y fragmentación social de las sociedades latinoamericanas.
8. La integración desde abajo, si resultase en la comunidad, sería transitoria, pues las políticas públicas nacionales y transnacionales inciden directamente en cualquier comunidad.
9. Una integración real de desarrollo social sostenible, sobre bases equitativas, solo es posible superando las relaciones de producción capitalistas neoliberales.